XXIII

«LO VIEJO Y LO SANTO EN MANOS DE AHORA»

El «Ateneo Obrero» de Gijón, presidido por el doctor Menéndez Eztenaga, deseando seguramente reparar la desdichada y extravagante anécdota que, en abril de 1917, protagonizó el juez Gabriel Cayón contra el periodista José Valdés Prida y el texto *Mujeres de Jerusalén* –capítulo de *Figuras*–, invitó a Miró a pronunciar una conferencia en dicha ciudad.

La carta, fechada el 16 de febrero de 1925 y firmada por el citado doctor y Julio López Rendueles, secretario del Ateneo, dice en su parte substancial:

«Muy distinguido Sr.: Este Centro de Instrucción y Enseñanza desea ardientemente coopere Vd. en el actual curso a nuestra labor cultural. Con este deseo, tenemos el agrado y honor de invitarle a ocupar nuestra tribuna, y colmaría Vd. nuestro agradecimiento, si explicase desde ella una conferencia sobre las figuras de la Pasión del Señor, coincidiendo con la Semana Santa; asunto que con tanta maestría e inefable ternura ha tratado en sus admirables trabajos literarios. Quiere el Ateneo ofrendar en aquella fecha, como nueva modalidad cultural, la cariñosa rememoración del momento histórico que tanta trascendencia ha tenido en el rumbo y civilización de los pueblos».

Miró acepta; el Ateneo se compromete a abonarle quinientas pesetas «para el tren y satisfacer los gastos de estancia en el mejor hotel», y queda señalada la fecha del Domingo de Ramos a las once de la mañana. «Así puede Vd. alcanzar el correo de las 2'40 de la tarde». (Biblioteca Gabriel Miró. «Legado Miró»).

(En Gijón, el escritor se hospedó en el hotel «Comercio»; en Oviedo, al regreso, paró en el «Covadonga»).

El domingo 5 de abril, los periódicos gijonenses le ofrecieron la más notoria y cordial bienvenida. Así «La Prensa» publicó *Salutación a Gabriel Miró*, suscrita por Joaquín A. Bonet, que finaliza con las siguientes palabras:

«Gabriel: ya estás entre nosotros. ¿Pensarás algún día que Sigüenza venga, como tú, y se detenga un instante en nuestras rúas y en nuestros hogares humildes? Como Francis Jammes, tú sabes del amor recoleto y de las cosas maravillosas ocultas a nuestros ojos avezados a bogar desatentadamente. Dadnos alguna vez las mieles de vuestro panal maravilloso. Y, entre tanto, tenednos por vuestro devoto más cordial».

Y, por su parte, «El Noroeste», que reproduce el relato *El Señor Cuenca y su sucesor*, inserta un artículo sin firma –*El Ateneo y su obra. Hoy habla Gabriel Miró en el Teatro Dindurra*–, en el que leemos: «Pero su labor más interesante, lo que mejor ha revelado su personalidad, ha sido la que se enseña en *Figuras de la Pasión del Señor*, donde al soberano artista del idioma se juntan el erudito y el hagiógrafo. Es curioso que este gran místico de la belleza y de las ideas, este ortodoxo del tema y de la visión, resulta casi un heterodoxo y un pagano para las gentes romas de comprensión e intolerantes de conciencia. A Miró, esteta de la vida y de la Historia, le interesa extraordinariamente toda la tradición de la Iglesia Católica, y sus exégesis más líricas están en ese libro, *Figuras de la Pasión del Señor*, tema que también es el de la conferencia que explicará hoy, a las once de la mañana, en el Teatro Dindurra (...). Sea bien venido a Asturias este mediterráneo, glorioso ya en plena juventud, a quien el Ateneo de Gijón tuvo el acierto de encargar la plática estética de esta Cuaresma».

Domingo 5 de abril de 1925. «A las once y minutos dio principio el acto. Todas las localidades del amplio Teatro Dindurra estaban ocupadas por los socios del Ateneo y sus familias, registrándose la presencia de gran número de damas.

La presencia en el escenario de Gabriel Miró, con la Junta directiva del Ateneo, fue acogida con una calurosa ovación.

El doctor Eztenaga, como presidente del Ateneo, en un justo y elocuente discurso hizo la presentación del conferenciante». («El Noroeste». Gijón, 7, abril, 1925).

Y aquí reproducimos íntegramente la disertación *Lo viejo y lo santo en manos de ahora* por considerarla absolutamente básica para la recta comprensión de los principios estéticos de la obra mironiana y porque úni-

camente vio la luz en mi obra *Literatura alicantina (1839-1939)* (Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1966, págs. 300-317), agotada hace bastantes años.

Dice así:

«Señoras y señores:

I. La carta del Ateneo Obrero invitándome a pronunciar una conferencia, y ofreciéndome como asunto el de mi libro *Figuras de la Pasión del Señor,* realizó para mí la gracia de empujar las horas y devanar los años al revés, hasta dejarme en abril de 1917. Una tarde de aquel tiempo, iba yo de mi casa de las afueras de Barcelona, todas de huertos retoñados, al bullicio de la ciudad. Compré un periódico, y leí este epígrafe de un telegrama de Gijón: *Por un artículo de Gabriel Miró.* Luego venía la noticia del procesamiento y prisión del Director de *El Noroeste* por haber reproducido un artículo mío. No recelé de ninguno. Y es que no se trataba de ningún artículo desaforado, sino de un fragmento de *Figuras de la Pasión.* Un Sr. Juez del distrito de Occidente de Gijón sorprendió en un párrafo del capítulo *Mujeres de Jerusalén* el pecado de una blasfemia abominable que ni el Sr. Valdés Prida ni yo habíamos cometido, sino los judíos. Pero, según aquel celoso varón de la Judicatura, los judíos, profiriendo su blasfemia, fueron reos de pena eterna; y nosotros, trasladándola, incurríamos en delito que prevé y sanciona el artículo 240, n.º 3.º, del Código penal. Entonces, abrí el Código y supe que, según el Juez del distrito de Occidente de Gijón de aquella época, la pena eterna del otro mundo equivalía, aquí, en la tierra, a la de prisión correccional en sus grados medio y máximo.

Desde lejos, todo eso se queda sin más realidad que la anecdótica, sin otro dictado que el de pintoresco. Sin embargo, no se me olvida que, hace algunos años, por mi culpa, sin yo tenerla, un periodista de Gijón sufrió persecuciones y quebrantos.

Esa obra mía, recién nacida en aquel tiempo, mantuvo ya diálogo con alguno de vosotros. Y, ahora, este Ateneo me convida a venir y hablar; y escoge por tema mis *Figuras de la Pasión del Señor.* De nuevo se han juntado el nombre de Gijón y el de mi libro. No era posible más para que yo –aun siendo poco aficionado a conferencias– aceptase con gratitud la que me trae a la Casa del Ateneo, tan buena y esclarecida por ser asturiana y de vosotros.

II. Me parece un advertimiento de mucha simplicidad decir que no tendré más remedio que ser *egotista.* Me obliga el asunto. Además: muchas veces, que queremos o creemos ser *objetivos,* no hacemos sino referirnos a nosotros mismos, prorrumpir de nuestra vida, proyectándonos en la ajena, para volver a la querencia de lo nuestro. También sucede que, valiéndonos de nosotros, llegamos a objetivar lo íntimo. Así sea ahora.

Demasiada ingenuidad presupone salir hoy con una obra tan de *ayer* pidiéndonos el mundo actual toda nuestra mirada, todo nuestro ahínco y nuestro lenguaje. Estéticamente, no sé si será cierto.

Fortaleza de ingenuidad. Ella nos salva. El *ingenuismo* puede ser el origen y la legitimación en nosotros, en nuestra sangre, a través del tiempo y resistiendo el tiempo de muchos asuntos artísticos. Limpidez y persistencia del deseo, sin prisa de trocarse en propósito concreto; sin sospecha de que llegue a cumplirse. Así no pierde su inocencia, cuya simulación no se puede apetecer honestamente. Ingenuidad no es primitivismo como procedimiento y fórmula de arte. No es modelar lo infantil, lo remoto, imitándonos a nosotros mismos con balbuceo idiomático y mental. Eso, de ser arte, lo sería de niños, de ellos; pero, tampoco para ellos, que abra su curiosidad, no a costa de ellos, sino de nosotros, evocador, y, por tanto, desde nosotros, y no desde *entonces*. Hay en los juegos de los niños –en su estética– un ímpetu y un goce de ilusión, de alucinación, pero con desdoblamiento de sí mismos. Los niños que juegan a ladrones, a héroes, a caballos, se sienten facinerosos, conquistadores y cabalgaduras, sin perderse, en lo recóndito, a sí mismos. Si no fuese así, no jugarían; porque, ¿para qué?

Evocar, reconstruir, no es ilusionarse, no es alucinarse... De improviso, he recordado una obra de título y asunto semejantes a la mía, de una mujer venerable, de sencillez compleja –como todo lo profundamente sencillo–: *La Dolorosa Pasión*, según las meditaciones de Sor Ana Catalina Emmerich. Todas sus páginas tienen la misma prolijidad *óptica*, prolijidad, exactitud arbitraria, alucinatoria; es decir: a su arbitrio de iluminada reverencia. Lente magnífica para mirar, demasiado cerca, pueril, confuso y transido, el corazón de Sor Ana Catalina que no evoca, sino que registra sus imágenes de dolor; su propio dolor hecho carne divina. Primitivismo, tal vez sin gracia de los primitivos, con abrasada caridad. Lo santo en manos santas, lisas y maceradas.

... Yo decía ingenuidad como virtud originaria del deseo de evocar, de la avidez del horizonte. Ingenuidad casi en su concepto romano. *Ingenuo*: el que ha nacido libre. Libre ha de engendrarse y nacer este deseo de ver, de recordar y labrar lo que se nos quedó desde criaturas pequeñas. Libre, exento de toda intención que no fuese la de ver *aquello* límpidamente *desde* nosotros. Ingenuidad en su sentido etimológico: de *ingenere*, inculcar desde la niñez. Desde la niñez se nos queda un recuerdo sensitivo de un campo, de una desgracia, de un júbilo, de un *interior*, de un sabor, de un perfume, todo en imagen perfecta, con su atmósfera fina de transparencias vírgenes. Poco a poco esa memoria infantil se convierte en promesa, y en inquietud que no se mitiga sino abriendo más su órbita, fundando más sus contornos. Ver aquello mismo; proseguirlo con densidad. La sed de entonces saciada en nuestra jornada presente; y mejor si no la

saciáramos del todo. No agotar nunca, no desjugar la cepa; no llegar del todo; no ser perfectos nunca, para tener que vivir perfeccionándonos, acendrándonos y confirmándonos entre postraciones, sequedades y encendimientos y arranques. Con ingenuidad y por ingenuidad llevo siempre en mi sangre y en mis huesos la evocación del *País del Señor.* En toda evocación de lo desconocido, y por desconocerlo, quizá reside un ansia emocional y como biológica de haber sido entonces sin dejar de ser ahora.

Traspasó mi vida, se inculcó en mi vida la palabra reveladora y llena de gracia del primer evangelista de la Pasión del Señor que yo tuve, y que aparece en la página inicial, en la dedicatoria de mi libro. Sin apartarme mucho del tema propuesto, intentaré una modificación epigráfica: *Lo viejo en manos de ahora. Lo santo en manos profanas.*

III. Se ha reconocido que las figuras distantes tienen para el artista un encanto y fuerza siempre poderosos, porque la distancia las despoja de todo lo que en ellas puede haber de episódico y de transitorio, dejándoles la verdad profunda sobre la que acciona el Arte. Y, sin embargo, lo que nos rodea, lo que se va cegando por el humo azul de la distancia, lo viejo, suele inspirar, a estas horas, casi menosprecio como elemento artístico.

Ha de tener una categoría científica de revisión, de crítica, de análisis, para que se acepte.

No proclamaré lo viejo, tratado envejecidamente. (Así, ni lo viejo ni lo nuevo); sino apasionadamente poseído por un artista honesto; (y, así, lo que fue es lo mismo que lo que es y que lo que ha de ser). Bien se me acomodan estos párrafos que algunos conoceréis:

...Han de sonar los pasos de un desconocido o los de un amigo que nos remueva todo; que evoque sin desmenuzar las memorias; que sea como la palabra creada para cada hervor de conceptos y emociones, la palabra que no lo dice todo sino que lo contiene todo.

Pasó el hombre desconocido. Caminaba como si se dejase todo el pueblo detrás; y casi todas las gentes, aunque les rodee el paisaje, caminan como si siempre pisaran el polvo de una calle; y él no; a él se le veía y se escuchaba su pie sobre la tierra viva, su pie desnudo aun a través de una suela de bronce. Seguía el mismo camino de los otros y semejaba abrirlo; levantaba la piel y el callo de la tierra, y sentía la palpitación de la virginidad, y, en lo hondo, la de la maternidad; pies que, dentro de la huella endurecida de sandalias o pezuñas, troquelan el sendero y sienten un latir de germinaciones. Todo breñal en torno de sus rodillas, lo que es asfalto liso para los otros hombres que llevan en sus talones membranas de murciélago o serrezuela de langosta, y, si dejan señal, la derrite en agua de riego, en tanto que en la senda, la lluvia cuajará la huella del caminante

que hiende su camino con la reja de su arado. Siempre se alza ese hombre entre el humo dormido del recuerdo... Y el rumor de sus pisadas trastorna las palabras del «Eclesiastés»; porque sí que hay cosa nueva debajo del sol; debajo del sol y de la tierra hollada: todo aguarda ávidamente el sello de nuestra limitación; todo se desgarra generoso y se cicatriza esperándonos.

Sí que hay cosa nueva siempre en las cosas viejas que estremecen nuestra conciencia, la conciencia que no se hubiere acortezado en la inmovilidad. Vieja es la palabra que, en verdad o en símbolo, principia en la lengua de Dios; y por la gracia de su pronunciación surge la realidad del mundo. En la boca del primer hombre que consigue flexibilizar el alarido en palabra articulada tiene desde entonces complacencias la vida. Desde entonces y para siempre, la vieja palabra será una renovada creación; como si cada día y cada hombre la modelase de la nada del silencio o de la inercia de los diccionarios. Siempre el idioma recién roturado, con valor renacido y único en la sangre de cada artista puro. Nada tan virgen como lo eterno.

Vieja es la piedra, y novísimo el cemento armado, simulación de la piedra. De piedra arrancada, una a una, por nuestro esfuerzo, hemos de edificar nuestros muros.

Nada tan viejo como el paisaje. Siempre es presencia de nuestros ojos. Obra de Dios; y la obra de Dios se ha hecho creación lírica; y cada generación exalta, transforma el concepto del paisaje y remueve nuestra sensibilidad del paisaje y su plasticidad, desde la estampa lisa y artesana hasta la precisión y plenitud íntima y aérea, con zumo y tacto, con frescor y lumbre, por eficacia de la palabra exacta, no de la palabra onomástica, enumeradora, sino sensacionadora. Y así la muerte y el dolor, el agua, las delicias, la noche de estrellas, la noche de luna grande, las soledades, el silencio, la fugacidad de nuestra vida y la perpetuidad de la vida que prosigue sin nosotros, un frutal en flor, una cumbre, el vuelo de las aves en el azul...

No es lo viejo en manos de ahora lo receloso. Será la capacidad, la confinada; la sensibilidad, la relajada; la técnica, la floja y senil. Ni los asuntos ni los tiempos se encanijan. Por fortuna y por justicia, la modernidad no se somete a los cómputos y límites de la cronología. Por eso es más de nosotros que de antaño la lírica de Góngora, y son futuras las concepciones de Goethe, y es eterno el júbilo eucarístico y la queja imploradora del salmista.

Sentir lo lejano con nuestra conciencia actual, mirar hacia los viejos horizontes, puede ser más intenso y bello que apacentar los sentidos en los términos inmediatos de un hoy plebeyo como un patio, un *hoy* como

motivo de costumbres, de elegancias espirituales, de arte de vivir, sin renegar de las revelaciones de hoy, del *hoy* que nos mantiene y calienta y afila nuestras angustias y nuestras ansiedades apasionadas de hombre.

IV. Recelo de lo viejo en manos de ahora. Todavía más receloso, para algunos, que lo santo lo toquen manos profanas. Pero lo santo sin humanidad no tendría realidad ni exaltación jerárquica para nosotros. Su tránsito por la tierra le deja en toda la figura un fondo de cielo, haciéndolo amable y deseable. Jehová invisible aun para sus elegidos, ha de valerse de ángeles de contorno humano y manifestarse en la zarza ardiente. Y cuando la idea dogmática de la divinidad pierde las apariencias necesarias para nuestro entendimiento de criaturas, se producen las tenebrosidades especulativas de las doctrinas *gnósticas* que llegan a negar la humanidad de Jesús, pecado de herejía más tremendo que el de negarle la divinidad. Gethsemany, la granja de los dolores, de las vacilaciones, está más cerca de nosotros que la cumbre del Thabor. Hasta los discípulos predilectos tienen los ojos enfermos para mirar las encendidas blancuras de la transfiguración.

...Entre los comentarios de los periódicos de Londres a la traducción inglesa de las *Figuras de la Pasión*, hay algunos, empujados por una ortodoxia un poco enjuta –menciono precisamente los comentarios ortodoxos de allí, porque desconozco los de aquí, si es que los hubo–, que rechazan los episodios y pormenores de la Crucifixión recogidos en mi libro; que condenan mi texto porque, en él, la excelsitud de símbolo del Calvario se entierra bajo las rudezas del realismo. Pero es que el símbolo ¿no vendrá después de morir Jesús, no simbólicamente, sino en *carne viva y desnuda*?

Creída y confesada la humanidad de Jesús, no podemos reprimir el ansia de verla o de saberla, de representárnosla. Así nace el culto cristiano, y se origina la liturgia. *El primer astro que apareció en el firmamento litúrgico* –dice el Abad Cabrol, O.S.B.– *fue la fiesta de la Pascua. Con este título se comprendía no sólo la Resurrección, sino también la Pasión y muerte.*

En aquellos años en que yo preparaba las *Figuras*, le dije a un amigo muy devoto: *Nadie ni nada ha logrado saciar el anhelo de saber la vida de Jesús, y, singularmente, desde su infancia hasta el principio de su predicación. Aparte de su nacimiento, de la epifanía y del episodio del Templo, los Sinópticos callan la vida del Señor hasta que cumple los treinta años. Como nada refieren de su niñez, y cada día se comunica más la inquietud de saberla o de imaginarla, brotan los evangelios apócrifos con toda la complacencia de los orientales por lo maravilloso. Pero en sus relatos, Jesús niño es una criatura poseída, obra de brujería popular. Carecen del calor humano, de la gracia ingenua de la historia de María y de Josef el Carpintero, del Protoevangelio de Santiago y Evangelio del pseudo-Mateo.*

¿Cuándo; es decir: cómo principia el Señor a sentirse el Ungido? ¿Cuándo se ilumina en él su conciencia mesiánica? ¿Cómo vivió, qué pensó, qué hizo Jesús hasta los treinta años? Y el devoto me contestó arrebatadamente: *¡Y a usted qué le importa!*

Esta respuesta, que no aplacaba mi curiosidad, se concilia de algún modo con las escuelas farisáicas de la época de Jesús. Según los maestros de entonces, *el Elegido había de venir al mundo lo mismo que los demás hombres; vivir en la obscuridad durante un tiempo más o menos largo; y, después, por el mandato de Jehová, mostrarse a la faz de todos, lleno de gloria.*

Los discípulo y creyentes de estas enseñanzas se callarían persuadidos y dóciles, sin indagar; ellos esperaban la aparición mesiánica; ellos vivían entonces. Pero nosotros que vivimos ahora, cuando ya están cumplidos los tiempos, nos volvemos hacia las lejanías que ya se han caminado.

Infancia y juventud del Señor. Su casa, su figura, sus costumbres, sus dolores, muerte del Señor. Intentamos plasmarlo todo, reconstruirlo todo, acogiéndonos a noticias y semejanzas cuando nos quedamos sin documentos directos.

Por la semejanza del hogar de Jesús con los otros hogares nazarenos, piadosos y pobres, fui trazando esta imagen de la niñez del Señor que algunos habréis leído:

...Nazareth resplandece de cal en la ladera de una colina desnuda. Casas cuadradas con su escalera exterior del terrado y de la cámara alta para las noches calientes. Campos de sembradura y de viña; cercas de cactos; higueras y olivar. La Sinagoga con su pozo y sus follajes viejos. Pasada la última cuesta del camino, a la entrada del pueblo, está la fuente donde acuden las mujeres y los hijos. María viene a llenar sus cántaros. Más tarde trae a Jesús. La madre, con el ánfora recta sobre su frente; el hijo, con el cantarillo que le va goteando hasta el portal. María le enseña la plegaria. «Scherma»: (Escucha) los versículos mosaicos más precisos –el Dios único, la predilección de Dios por su pueblo. –Todavía no hay verdaderas escuelas en Palestina–. La única «Beth-Hassepher» –Casa del Libro– está en Jerusalem. Del año 60 al 70 principian las fundaciones escolares y la enseñanza con carácter obligatorio. «Preferible es que perezca el Santuario antes que los niños dejen de ir a lección», dice el Talmud.

Pero, en los tiempos de Jesús, el Hazzan o encargado de la Sinagoga rural, luego del servicio del Sábado, retiene a los hijos de los aldeanos; les cuenta la historia de los Patriarcas, los trabajos y empresas de Moisés; les

explica los preceptos más elementales de la Ley; les va glosando algunos salmos que completan, que ensanchan la oración aprendida de la madre. Y, oyéndole, pasan delante de los ojos atónitos de Jesús las hermosuras de la Creación, los primeros rencores, los primeros ímpetus y desfallecimientos de los hombres.

Cumplidos los doce años, Jesús queda obligado por la Thora al ayuno y peregrinación de la Pascua. Es como una mayoría de edad religiosa. María y José llevan al hijo a Jerusalem en la caravana nazarena. El camino es lento. Tres jornadas. Jesús ve de cerca las ciudades de los gentiles, algunas fundadas por Herodes el Grande; los términos de las tierras aborrecidas de Samaria; los valles gozosos y profundos del Jordán, el Jordán todavía en silencio sin el clamor del Bautista; los jardines de placer de Jericó. Después el camino se vuelve torvo y abrupto para subir el monte de los Olivos. Desde lo alto se asomará Jesús a Jerusalem. Tanto lo desean sus ojos, que no reparan en Bethania, la aldea menuda, clara y tranquila, ni en Gethsemany, el olivar y huerto, que serán sus refugios íntimos de amistad en los días de persecución y congoja.

Jerusalem. El Templo como una fortaleza de lumbre y de oro. Las torres de las murallas. Palacios, graderías, rampas, calles profundas. Resuenan las trompetas de los sacerdotes; las bocinas de los legionarios de Roma. Multitud. Guerreros, mercaderes, cortesanos y devotos. José y María y Jesús atraviesan la ciudad; salen por todas las puertas de los muros para que el hijo presencie el trajín de las rutas que vienen de todos los países: la del Hebrón, que pasa por Bethlem, donde Jesús ha nacido; la de Damasco, que llega entre frutales y tapias de huertos patricios. Para verlos, quizá se suban a un peñascal de vertederos y cardos que se llama el Gólgotha. Entre todo, maravilla el Templo a Jesús. Ferias, disputas, vocerío, lujo y hambre. La pompa del sumo sacerdote; los cerros de los doctores de la Ley; la liturgia de las inmolaciones... Y, acabadas las fiestas, los nazarenos se juntan, y su caravana se vuelve hacia su aldea. María y José buscan al hijo entre los hijos de sus amistades y parientes. No está Jesús; no sienten su risa ni su voz; no se les aparece el vuelo de su vestidura, la túnica que le ha cosido María para su primer viaje ritual. Y escribe San Lucas: «Y como no le hallasen, se volvieron a Jerusalem; y tres días después, le vieron en el Templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Y la madre le llamó: Hijo, ¿por qué te portaste así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo te buscábamos con aflicción. Pero Jesús les respondió: ¿Para qué me buscábais? ¿No sabíais que he de cuidar de los asuntos que son de mi Padre?».

No; no lo sabían María y José; o no le comprendieron. Lo dice el mismo evangelista: «Mas ellos no entendieron la palabra que les habló».[681]

[681] El texto, con variantes, pertenece a *La conciencia mesiánica de Jesús.*

Aquí, según San Lucas, Jesús habla ya del Padre. La *buena nueva* que ha de sembrar años después se cifra en la proclamación de Dios como Padre nuestro. Dios ya no es Jehová terrible. Se transfigura el concepto divino. Este título de Padre a la divinidad ya lo aplicaban los contemporáneos de Jesús; pero, como denominación adjetiva para la raza israelita. Únicamente Jesús le infunde un sentido profundo de ternura. Dios será ya el Padre que no se olvida de los lirios del valle ni de las avecitas de los campos y da al hombre el pan de cada día. Al proclamarlo Padre de todos los hombres, modifica los atributos sociales de la noción judaica de Dios. (Aquí me aprovecho del texto de Schwalm.– Jehová es un dios agrícola. Sin las lluvias sazonadoras de la mitad de febrero y marzo (mes de Adar) y de las de noviembre y diciembre (mes de Kislen) no se podría labrar ni sembrar. El viento afilado y ardiente que se arrastra por el desierto bruñe el azul y recrema la tierra. El labrador judío invoca a Jehová que *cuenta las nubes, cuelga las urnas de las aguas y tiene en sus manos la llave de la lluvia que no prestará ni a los ángeles.* La primera lluvia después del verano había de llegar el 3 del mes de Marchesva, 20 de octubre; si pasaban quince días sin llover, el Sanhedrín ordenaba tres días de ayuno nacional para implorarla del Señor. Si a la luna nueva de Kislen, no caía el agua bienhechora, se decretaban otros tres días de ayuno. Si continuaba endurecido el cielo, se practicaba otro ayuno. Plegarias y penitencias prueban la convicción en un remedio único, verdadero artículo de fe del credo judaico, formulado en la Ley Mosaica. Escrito está en el *Deuteronomio: El Señor dará a vuestra tierra la lluvia temprana y tardía para que tengáis trigo, vino y aceite, y heno de los campos para apacentar las bestias...* Jehová participa de las cosechas de su pueblo, y las beneficia con los dones de la lluvia. Otro atributo social del Dios hebreo: es Dios de los Patriarcas. Se le glorifica como Dios de Abraham, de Isaac y Jacob; y el judío se considera descendiente de ellos por serlo de uno u otro de los doce hijos que el *Génesis* atribuye al último. Dios de Israel. Dios de nuestros Padres. Dios de Israel sella el estado presente de la familia de Abraham, de Isaac y Jacob. Dios de nuestros Padres se adapta a los orígenes del pueblo actual. De entrambos modos o títulos se concibe a Dios como a un Dios de patriarcas: antepasados o descendientes. Los dos residen y se armonizan en la declaración de Pedro a la multitud de Jerusalem: *Vosotros sois los hijos de los Profetas y de la alianza establecida por Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abraham: «En tu simiente serán bendecidos todos los pueblos».* Ese estilo de Sinagoga y de predicador –sigue diciendo el autor de *La vie privée du peuple juif*– corresponde a la fe popular, esa fe patriótica y religiosa que desborda con magnificencia en el himno de Zacarías: *Bendito sea el Señor Dios de Israel porque visitó y rescató a su pueblo, según el juramento que hizo a nuestro padre Abraham...».*

Dios nacional, Dios social, por serlo de los antepasados de todo Isra-

el, y por ser patrono y particionero de los cultivos y labranzas. Y así en el orden y transcurso de los tiempos. Jehová fue desde el principio el Dios de los ascendientes, Dios de Israel. Con este título lo invoca Moisés al salir de Egipto y en la vida del desierto. Israel había recibido y guardaba y exigía la promesa divina del país de Canaan. De este modo los atributos sociales de Dios se desarrollaron y crecieron en la fe popular paralelamente al tránsito de la vida seminómada, en país extranjero, y al afincamiento en el territorio suyo; antes de sostenerse en la posesión de la tierra, Israel descansa sobre estos atributos: y en esta curva de la evolución social, ha ido fraguándose su creencia en un Dios protector.

Dios nacionalista, hundido dentro del azul de la eternidad. Jesús lo interna dentro del corazón del hombre, y de su concepto del Dios paternal se origina el nuevo concepto de prójimo. Desde la colina de su aldea, se alcanzan los montes samaritanos, los contornos del Carmelo, el confín del Mediterráneo. En la contemplación de las lejanías, la tierra y las criaturas se le aparecen dulces y necesitadas. El concepto del semejante, del prójimo, revierte más allá de los límites del país prometido a su raza; y el *no matarás* de las tablas sinaíticas adquiere en su conciencia un acento que cala hasta las escondidas intenciones, y se caldea de generosidades que le harán prorrumpir: *Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás, y quien matare será juzgado. Pues yo os digo que aun el que se arrebate en ira contra su prójimo y el que le injurie también será juzgado.* La Religión y la Ética se solicitan en su pecho, y se fundirán en su palabra, cuando diga: *Si fueres a depositar tu ofrenda en el ara, y allí te acordares de que ofendiste a tu hermano, ve por su perdón, y vuelve después al Templo.*

Las enseñanzas rabínicas de la época de Jesús –escribe Edmond Stapffer– *se resumían en estos dos términos: Practicad la Ley y esperad al Mesías. Únicamente practicando la Ley entraremos en el reino de los Cielos. No se preguntaban entonces: Esto que hice ¿es bueno? ¿Es malo? Sino: ¿Está permitido? ¿Está vedado?* La religión no era sino una gnosis jurídica. Jesús rechaza la casuística farisáica. La deuda contraída con Dios no puede remitirse o satisfacerse por fórmulas legalistas, sino con actos de fe y de amor, porque Dios es el Padre. El reino de los cielos de Jesús no es el de sus contemporáneos. Jesús lo espiritualiza y lo coloca en el corazón de sus discípulos...». Le arranca los signos de fausto, las esperanzas políticas.

Las promesas del *Cristo* le palpitan en sus entrañas con palabras de Isaías: *Despreciado y el postrero de todos; se incorporará los trabajos y dolores de todos; y en sus llagas se sanarán las heridas de los hombres.*

Admitidos están de antemano los sufrimientos. Sufrimientos de afirmación y de postración; de soledad y de cansancio; sufrimientos de tentaciones y de victorias. Dolores de hombre. La congoja le desbordará bajo

los olivos de Gethsemany, húmedos de luna. He aquí el instante en que principia a cumplirse el concepto profético del Mesías doliente. Toda su carne es un corazón estremecido; y le pide al Padre que aparte la amargura de su boca. Clavado en la cruz, la vacilación le hiere en cada llaga de su suplicio. El Padre que tanto amó calla invisible en el cielo gozoso de primavera. Y la lengua del Señor, estrujada de sed, le grita: *¡Por qué me has desamparado!* Desamparo humano. Todo humanidad para sentir, para padecer, aunque en sus cimas residiese la divinidad. Inferirla y probarla es de Teología y de Mística. El arte se desentiende de tesis y debates cristológicos y teológicos.

Deseo ingenuo de mirar, de evocar el primitivo horizonte cristiano. Este deseo legitimará la obra que, *por añadidura*, y por sus esencias acaso se avienen con nuestras intuiciones y posibilidades de raza. Los temas bíblicos en su latitud y densidad humana pueden ser, singularmente en nosotros, una eterna motivación literaria, como lo ha sido de nuestra imaginería, de nuestra plástica, de nuestra arquitectura; pero, con disciplina estética, con técnica moderna mejor valorizada, con el ahínco de investigaciones históricas, de ciencias eclesiásticas, puras, exentas de frondosidades, de facilidades retóricas. La facilidad es un pecado mortal para el arte; un peligro hasta para la misma salvación. El esfuerzo por distendernos, por llegar a la grandeza del área; la medida, la sencillez, la exaltación para suprimir las distancias, nos traen los bienes de la serenidad.

«El hombre moderno –anotó Amiel en su *Diario– necesita aturdirse y siente un secreto horror por todo aquello que le disminuye. Por eso, lo eterno, lo infinito y lo perfecto son su fantasma. Quiere aprobarse, admirarse y felicitarse; y así, retira sus ojos de todos los abismos que le recuerdan su nulidad. Frivolidad creciente de nuestras multitudes, cada vez más instruidas, es cierto, pero también más superficiales en su noción de la dicha.*

Ese elemento oriental de nuestra cultura es un servicio que debemos al Cristianismo. Es contrapeso de nuestras tendencias hacia lo finito, hacia lo pasajero y lo mudable, atrayendo el espíritu por la contemplación de lo eterno, platonizando nuestros afectos, que se hallan de manera continua desviados del mundo ideal; recogiéndonos de la dispersión a la concentración, de lo mundano a la intimidad; llevando nuevamente la calma, la gravedad y la nobleza a nuestras almas agitadas por mil ruines deseos».

Entre todas las jornadas evangélicas, retenemos y nos emocionan más las que conmemora la Semana Santa, que hoy principia. La tragedia de la Pasión.

Huertos galileos, retallecidos y olorosos; tardes aldeanas; noches en

la ribera del mar de Tiberades; todo lo ha dejado el Señor para venir a Jerusalem en los días tumultuarios de la Pascua. Jerusalem: la ciudad que mata a los profetas. Caravanas, mercado, ahogo, dureza y molicie. Hosannas y menosprecio...

Copio un apunte que hice un día de Viernes Santo:

«En una peña podrida de las afueras has agonizado, Señor. Desde la cruz oías y veías el júbilo de los caminos y de la ciudad. Dentro de la ciudad, en el frescor de las fuentes, de los aljibes, de los toldos y bóvedas, en los cenáculos y portales, la multitud se sentía buena, exaltada de amor a la tierra que tú, Señor, le prometiste. La tierra retoñaba en los días tibios y claros de Nisán... Polvo y estiércol de ganados; camellos inmóviles mirando el fuego donde cuecen el pan de la Pascua las mujeres de los aduares; gusanera de hijos entre pienso, cántaras y andrajos; vírgenes descalzas, de cabelleras que relucen de aceites, y, encima, un ánfora recta y roja sobre el azul; viejos de sudario pringoso, de barbas de crin, que hunden sus ojos amargos en los mercaderes sirios; fellats con callos de bestias, gentiles y rameras que muerden naranjas... No caben en la ciudad; y se amontonan en los eriales. De rato en rato, se vuelven hacia el cerro de la ejecución. Algunos suben; contemplan los contornos de Jerusalem; pasean conversando bajo las cruces; reparan en una mueca, en una deformidad de los ejecutados. Saben que este suplicio suele ser lento. Es la hora de la siesta; y se recogen a una sombra para esperar lo último... No te conocían, Señor. Estabas solo. Los que te siguieron te dejaron; y, escondidos en la ciudad, también aguardaban y querían que todo acabase. La ciudad, la obra de los hombres y lo menos humano, te mataba... Un vaho de costra de muchedumbre ha subido a tu nariz aguda de cadáver. Han matado en ti al hombre, que era el arca de Dios, y ahora nos queda el rito viejo y la doctrina intacta...».

Y otro apunte casi *autobibliográfico*; pero que de él arranque la comba que cierre ya todo esto que os voy diciendo, todo esto que, a trozos, parece conferencia, y, a trozos, plática y lectura de Domingo de Ramos.

Un escritor francés, Georges Pillement, ha dicho recientemente que la Judea de mis *Figuras de la Pasión* es mi tierra natal. Es decir: que sus hondones; sus aradas de almendros, de algarrobos, de olivar; las *llencas* o longueras de viña que van subiendo por los montes huesudos; las ramblas pedregosas, las frescas apariciones de los collados y umbrías; todo lo vi, lo presentí a través de los paisajes de mi comarca. Mientras enumeraba árboles y estructuras agrícolas veía coordinarse los campos de Palestina y los campos de mi provincia. Es verdad. Antes que Pillement y otros, lo dijo el maestro don Miguel de Unamuno. Pero, yo no sé si para sentir la emoción

de aquellos lugares es bueno, es literariamente y geográficamente eficaz ser mediterráneo, mediterráneo de Alicante. De las descripciones de Víctor Guerin, De Sanley y otros palestinólogos, se infiere que la botánica y la geología de la Judea, de la Galilea y de Samaria tienen semejanzas con las variadas regiones de mi país. Pero pueden ser deducciones de linaje científico. Es posible que por ser yo tan sustantiva y complacidamente mediterráneo, por sentirme tan redundado y lleno de mi comarca, adivine, con recordar lo mío, la luz desnuda y gloriosa de allí, la gracia de los oteros, la austeridad en lo secano y en lo abrupto, la jovialidad de los hortales, hasta la técnica agraria y el color de los poblados, sus caminos entre tapias de cal y sus senderos entre bardas de piteras, y las figuras enjutas, con sus paños cincelados por el sol y la frente agobiada, esperándolo todo de Dios... Así en la *tierra prometida* y así en mi tierra natal. Los hombres antiguos de mi comarca, como los hombres antiguos de Israel, eran exclusivistas, confinados en sus riberas y montes; los de ahora, esparcidos por Argelia, por Francia, por la Argentina, por los Estados Unidos, sienten desde la emigración su raíz tirante, hincada en su pueblo, como siente el judío desde todos los términos del mundo su raíz hundida en Sión, la sienten como el israelita, pero sin sionismo ni mesianismo, es decir sin afanes históricos ni políticos, sin ansiedad étnica. El afán de ellos es biológico y sensual; afán físico de su espacio; químico del agua de sus manantiales; del goce de su pan y de su fruta; del olor y del tacto de sus bancales, y casi lírico de su horizonte y de su campanario... De modo que semejantes, aunque por distintas razones, cada uno es él en sí. Pues lo mismo los paisajes: el de mi tierra y el de la tierra de Israel: los montes desnudos, las ramblas sedientas, los saladares, los sembrados gruesos, el júbilo de la viña, el palmeral, las josas en flor, el olivar, las tapias de cal; pero, en Levante, todo es levantino; y, en Palestina, todo es únicamente de allí. Entonces, ¿qué? Entonces, puede decirse que todos nos representamos y comprendemos hasta lo que hemos visto de veras a través de algo que ya estaba en nosotros, anterior o consustancial en nosotros, a través de algo de nuestra predilección.

Confesaba Somoza que no comprendía más que el campo de su país, y de este campo suyo de Piedrahita se alzaba para sus ojos y todos sus sentidos la evocación y la comprensión cifrada de todo paisaje.

Luego, ¿no llegaremos nunca a la fidelidad, a la exactitud? Así es, o mejor: así sea. Los libros de viajeros, de exégetas, de naturalistas, de arqueólogos, nos dejan una visión de un lugar, de un país, parcelada o panorámica, que, poseída ya por nosotros, se nos aparece bien dotada de posibilidades de realidad, de realidad recreada, aunque sin exactitudes localistas. La precisión es una virtud en los mapas, en las guías oficiales, en los Baedecker. Para el artista, la realidad con todas sus exactitudes, es la levadura que hace crecer la verdad máxima, la verdad estética.

Nuestros ojos no calcan lo que presencian. Por eso se engañarán los que cotejen la obra artística con el lugar, con el pedazo de naturaleza que la inspiró. Las comprobaciones y demostraciones sirvan a las Matemáticas, a la Ciencia, singularmente a la ciencia aplicada.

No me afirmaría, no me dotaría de ninguna virtud literaria, si, en un viaje a Palestina, se me ofrecieran sus campos prolijamente lo mismo que en mis páginas. Para eso bastaba con intercalar fotografías en el texto. No es que el artista proceda a su antojo. No existe el arte sin disciplina, sin esfuerzo, sin contradicción. La libertad, como la facilidad, lo enmollece y lo rebaja, dejándolo sin calidades ni esencias.

Emoción de lugares, de tiempos, de gentes... Sensación de *aquello*, emoción de *aquello*, pero no su traslado. Prolijidad, rasgos sutiles, trazos grandes y que, de sus coordinaciones, resulte la exactitud que estampe la evocación. La exactitud para la exactitud no es menester, puesto que ya existe. Los ojos que ven concretamente un paisaje se cansan pronto de mirarlo.

Desde nuestras Semanas Santas de antaño, queríamos internarnos en los tiempos del Señor, en los postreros días del Señor, queríamos saber, imaginar más de lo que nos contaban y más de lo que, después, leíamos en los textos sagrados. Independientemente del amor al tema evangélico que se abre y florece en nuestra infancia, ¿no hay, recordándolo y proyectándolo ahora, un deseo de acogernos a una conciencia emocional de nosotros mismos de aquellos años, un deseo de revivirla que coincide con el de Walter Pater: *Ya que todo huye y desaparece bajo nuestros pasos, siquiera retengamos y prolonguemos toda pasión exquisita, todo conocimiento que ensanche nuestros confines, todo lo que liberte nuestro espíritu y conmueva nuestra vida?*

Y leíamos y escudriñábamos y exprimíamos libros, incorporándonos sus jugos, transfundiéndolos a nuestra sangre, evitando todo aparato bibliográfico, omitiendo, desarticulando todo andamiaje arqueológico, quitándole a nuestras páginas el olor de lámpara. Mi libro no tiene intenciones exegéticas ni fervores apologéticos ni sectarios. Este libro de *Figuras de la Pasión* y los que pueda ir labrando de la cantera eterna del Antiguo y del Nuevo Testamento –con asuntos tan decaídos para algunos pareceres– tienen su principio y mantenimiento en nuestra infancia, un origen y un sostén fervoroso de ingenuidad; pero es que sus evocaciones se hallan impregnadas de nuestra emoción de la Semana Santa, de su liturgia magna y triste, y de la lírica de nuestra mocedad. Luna de Nisán, luna grande de primavera... Los Vía-Crucis aldeanos; los *monumentos* de luces y terciopelos viejecitos, tan íntimos, con el olor que llega de los jardines que ya rebrotan; las procesiones que nos acercan nuestros días, ya derre-

tidos, de más pureza. Nuestras Semanas Santas antiguas, infantiles, y, después, fragantes y apasionadas. Sol de siesta. Silencio de la ciudad, bajo sus torres de campanas inmóviles; noches olorosas de Jueves Santo. Nuestros pies resonaban en las piedras de nuestras calles, y nos parecía pisar las losas de Jerusalem.

Inocencia y sensualidad. Y todo esto que nos interna en nosotros mismos, recordando, evocando, todo esto no puede inspirar una obra teológica, sino una obra de arte, más o menos documentada y conseguida, y «*el Arte* –ha dicho André Gide–, *el Arte, aunque le lleguen reflejos del Cielo, es una cosa enteramente humana*».

* * * * *

El Noroeste. Diario democrático independiente glosó –martes, 7 de abril– la conferencia, destacando que Miró «ha sabido extraer de entre el espeso doctrinarismo dogmático y la impura ortodoxia confesional, lo que hay de eterno, hermoso y poético en el hecho cristiano. Por eso su libro *Figuras de la Pasión del Señor*, origen de la disertación del domingo, fue tachado de herético por la Iglesia. Tanto ha reglamentado y estipulado esta institución la epopeya del Calvario, que ésta ha corrido el riesgo de desvirtuarse y mixtificarse. Miró ha visto humanas, permanentes, más vitales que simbólicas, las figuras cristianas. Y lo que ellas tienen de emblema en la hermenéutica católica, Miró lo vio con ojos de hombre y de artista, llegando a veces a tanto su apetito de belleza, que, como Anatole France o Renán, quizás cayó en la heterodoxia que condena el dogma.

Fue, pues, el acto realizado por el Ateneo el domingo, un verdadero ejercicio espiritual, una hora de nuestra Semana Santa de Belleza, donde el fervor estético en un lugar mal llamado profano adquirió la mejor categoría religiosa de nuestro espíritu».

A esta interpretación opuso *El Comercio*, del 8, otra más real, contrastando los apriorismos de los asistentes con la verdadera intención del conferenciante. Y, en este sentido, pudo decirse que la palabra mironiana «defraudó a los que esperaban un plato fuerte, creyendo que se iba a empuñar el látigo para echar a los fariseos del templo (...). Los que además quisieron convertir en sustancia anticlerical la conferencia, también recibieron una lección de cordura y sensatez. La conferencia de Miró, salvo apreciaciones exegéticas líricas, no fue más que el espíritu cristiano, a través de un temperamento de poeta. Y la Pasión y Muerte de Jesús pasaron por las cuartillas y labios de Miró como mieles dulcísimas, y no como cardos agrios de polemistas cargados de prejuicios. La glosa delicada del escritor estilista más parecía flor fragante de Jericó. Pocos sienten el drama cristiano y lo tamizan poéticamente como Miró, que, aunque influenciado por Daudet, tiene odre propio de rancio vino del levante español.

Si con la palabra es tardo e impreciso, en su pluma parecen revivir los colores de la paleta de Sorolla, y dejando a la Pasión su gran ambiente oriental, diríase que Miró creó una Palestina suya a través de los Evangelios, como si realmente hubiese vivido en los lugares del éxodo de Cristo.

Nosotros hemos creído que Miró no quiso ser el pensador, sino el poeta, y así es como le hemos juzgado los que hemos hecho justicia a sus intenciones, que no eran ciertamente las de algunos de los oyentes. R.S.A.»[682]

«El mismo domingo –informó *El Noroeste* del 7– marchó a Oviedo Gabriel Miró, con objeto de conocer la capital, regresando en el rápido de ayer a Madrid. Va encantado de Asturias y ha hecho al Ateneo la promesa de volver a Gijón.

El Noroeste desea que al gran autor de *Nuestro Padre San Daniel* le haya sido grata su estancia entre nosotros, y le renueva la admiración y la simpatía de esta casa».

* * * * *

Transcurridos tres años, el Jueves Santo de 1928, Ernesto Giménez Caballero (Madrid, 1898-1988) sostuvo un diálogo con Gabriel Miró en casa de éste, del que traemos algunos párrafos relacionados con la conferencia transcrita.

–«Miró: en usted hay una corriente natural y otra cultural hacia la Biblia, ¿no es cierto?

–Es posible.

–Yo creo que es indudable. Sus orígenes levantinos sé que le hablaron desde muy pequeño con atracciones evangélicas.

–Es verdad. De niño yo abrumaba a mis padres a que me relataran historias de santos, escenas de la Escritura. Luego, de mayor, la contemplación de mi mundo local me empujó a considerar como eternidades mis raíces natales. Mi paisaje era el de mi padre, el de mi abuelo, el de mis antecesores. Aquello que mis ojos veían lo habían visto todos los de mi misma sangre. Y si esta sangre tenía algo de semita, como la tierra algo de Jerusalen, comprenderá mi vocación por la literatura bíblica.

–Pero, a pesar de esta tendencia biológica, ¿no hubo en su vida un hecho cultural decisivo que la encauzara?

[682] Debo y agradezco los citados recortes de prensa a don José Manuel Gutiérrez, director de la Hemeroteca de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Gijón.

–Desde luego: mi permanencia en Barcelona con los capuchinos y nuestra común tarea en el ensayo de un Diccionario sagrado, al frente del cual estuve como técnico.

–¿Su primera *figura bíblica* se publicó tras este hecho?

–Sí. Aunque algo sobre Job tenía ya escrito.

–¿De modo que su literatura religiosa se fraguó en esa zona mediterránea, cuyos límites fueron Alcoy-Barcelona?

–¿Pero por qué insiste sobre este aspecto parcial de mi obra? «Sigüenza», por ejemplo, creo que tiene tanto interés como mis escritos sobre la Pasión.

–Ya lo sé, Miró. Pero es Jueves Santo.

Miró se sonrió y se conformó a la fecha. Hasta el punto de indicarme:

–Salinas ve en mí un heredero de los imagineros medievales.

Yo reflexioné esta opinión y la puse en atenta crítica.

–No creo que sea su técnica, ante todo, la del imaginero. Precisamente: pienso que sea la contraria. El imaginero estofaba sus bultos envuelto en una corriente colectiva, por *encargo*. Mientras el *encargo* de usted ha sido bien diferente...

–¿Usted cree?...

–Veo yo en usted un reflejo muy siglo XIX, en lo que el XIX tuvo de genuino: la revisión de las tradiciones, el antitradicionismo. Actitud que el XIX heredó a su vez de la Enciclopedia. Y la Enciclopedia de la Reforma. No me extrañaría que se supiera usted de memoria la *Vida de Jesús*, de Renán.

–No. Pero la tengo sobre la mesa. Mírela.

Me lo figuraba. Creo que es en esa corriente inicial ideológica donde hay que ver inserta su obra. (Con lo cual no quiero decir que, artísticamente, dependa usted de nadie) ¿Se explicaría si no el recelo de cierto sector espiritual a dejarle pasar, a *admitirle*? Sus cualidades, lejos de ser las del imaginero, son las del imaginista y las del imaginador.

Miró sonrió otra vez interesado. Y yo proseguí:

–Su obra son las primeras *Notas a la Biblia* que un poeta ha puesto en nuestra literatura española. Y esas notas *no pasan*, así vengan de un poeta como usted. Sin embargo, debía la gente darse cuenta de que usted hace revivir una sacra tradición perdida desde el XVII hasta hoy en nuestro país:

la del *Sermón conmovedor* sobre motivos de la Escritura. Malon de Chaide le comprendería a usted, ¿no es cierto?

–Eso sí lo creo. Y también lo otro. No sólo no transigen con mis glosas bíblicas aquí, sino en otras partes: Estados Unidos, por ejemplo. Y cuidado que mis fuentes de construcción son puras y leales. Jamás tomé pasajes de los Evangelios apócrifos, ni recurrí a escenas escandalosas de ningún género...

–No se preocupe. Siga laborando con pulcritud y minucia. Ese es el verdadero camino. Por lo menos, para la posteridad, ya que no para la santidad.

Miró, por tercera vez, sonrió. Que fue como afirmar algo, antes de que el gallo cantase tres veces. Cosa que no hizo ni siquiera el apóstol».[683]

[683] Giménez Caballero, E. *Gabriel Miró.* «El Sol». Madrid, 20, abril, 1928. Recogido en su libro *Visitas literarias de España (1925-1928).* Valencia. Pre-Textos, 1995 págs. 363-366. La relación amistosa e intelectual de Miró con algunos capuchinos, como el P. Miquel d'Esplugues, O.M.C. –Juan Camps Depreciós–, al poco de domiciliarse en la capital catalana, fue distorsionada por Eugenio d'Ors: «Miró se echó entonces en brazos de los frailes capuchinos de Barcelona, cuyo papel en los subterráneos de la historia local te he explicado tantas veces (...) Los frailes, por intermedio de Maura, le procuraron en Madrid un empleito *de tout repos* en el Ministerio de Instrucción Pública, agarrado al cual pasó el hombre, incólume el temporal de la Dictadura». Carta de E. d'Ors a Adelia Acevedo. Véase nota 658.